



El deporte femenino, ese gran desconocido

Editora: Begoña Marugán Pintos

uc3m

Universidad **Carlos III** de Madrid

Vicerrectorado de Política Científica

Instituto de Estudios de Género

El deporte femenino, ese gran desconocido

El deporte femenino, ese gran desconocido

Begoña Marugán Pintos (ed.)

Fotocomposición y maquetación: Clara Sainz de Baranda Andújar

Instituto de Estudios de Género, Universidad Carlos III de Madrid. 2019



Creative Commons Reconocimiento – NoComercial – SinObraDerivada (by-nc-nd): No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

Edición electrónica disponible en internet en e-Archivo:

<http://hdl.handle.net/10016/28386>

ISBN: 978-84-16829-39-2

La responsabilidad de las opiniones emitidas en este documento corresponde exclusivamente de los/as autores/as. El Instituto Universitario de Estudios de Género de la Universidad Carlos III de Madrid no se identifica necesariamente con sus opiniones. Instituto Universitario de Estudios de Género, Universidad Carlos III de Madrid. 2019

ÍNDICE

PRÓLOGO. - Begoña Marugán Pintos	7
I BLOQUE. APROXIMACIÓN AL DEPORTE FEMENINO DESDE UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO	13
1. Actividad física, salud y mujer. - Sergio Marín García, Javier Martínez Ferreiro y Carlos Núñez Fernández	15
2. Vulnerabilidad e invisibilización del género en el deporte: un acercamiento a las relaciones en el contexto. -Marta Eulalia Blanco García	31
3. Análisis sociológico del deporte femenino. - Begoña Marugán Pintos.....	45
II BLOQUE. FORMACIÓN E INVESTIGACIÓN EN EL DEPORTE FEMENINO	69
4. Igualdad de género en el deporte universitario: situación actual y actuaciones para el cambio. -María José Camacho Miñano, Maite Gómez López y Élida Alfaro	71
5. “Participación femenina en actividad física y deporte en la Universidad Carlos III de Madrid”. - Teresa Núñez Bernardos y Janeth Souto García	89
6. La asignatura pendiente: periodismo deportivo en internet. -Clara Sainz de Baranda Andújar	101
7. Entrenamiento específico para mujeres. - Alberto García Bataller	117
III BLOQUE. HABLAN LAS DEPORTISTAS	141
8. Una vida redonda. - Lucía Zumalacárregui Martínez	143
9. Enganchada al deporte. - Raquel Gallego Piñeiro.....	155
IV BLOQUE. ACTIVISMO Y ASOCIACIONISMO COMO ACCIÓN COLECTIVA.....	167
10. Las relaciones laborales en el deporte. - M^a José López González	169
11. Asociacionismo en el deporte. - Fe Robles Fernández	179
12. Asociación para Mujeres en el Deporte Profesional. - Mar Más	187

CAPÍTULO 2

VULNERABILIDAD E INVISIBILIZACIÓN DEL GÉNERO EN EL DEPORTE: UN ACERCAMIENTO A LAS RELACIONES EN EL CONTEXTO.

VULNERABILITY AND INVISIBILIZATION OF GENDER IN SPORTS: AN APPROACH TO RELATIONSHIPS IN THE CONTEXT.

MARTA EULALIA BLANCO GARCÍA*
*Doctoranda en Sociología y Antropología**
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El deporte es un contexto socializador que nos acompaña a lo largo de la vida, en continua retroalimentación con los progresos sociales y adquiriendo diferentes formas de influencia. En los últimos años, los estudios inscritos en la sociología del deporte han querido dotar de relevancia la convivencia y relaciones en estos escenarios. Sin embargo, se han olvidado de hablar de ellas con la implicación de todas las personas protagonistas, así como el propio entorno y las diferentes tensiones que coexisten según nos presentemos como hombres o mujeres en el mismo.

Inmersas en deportes de equipo con concretas circunstancias y características, proponemos un estudio de las relaciones de género que profundice en el análisis del grupo, sus encuentros, sus comodidades e incomodidades, y que derive en la comprensión de las emociones y su implicación en formas de expresión y comunicación en la convivencia, relacionada directa o indirectamente con nuestra presencia en los contextos deportivos.

Palabras clave: Deportes de equipo, relaciones de género, convivencia, comodidades, incomodidades y emociones.

Abstract: Sport is a socializing context that accompanies us throughout our lives, in continuous feedback with social progress and acquiring different forms of influence. In recent years, studies enrolled in Sociology of sports have wanted to give relevance to coexistence and relationships in these scenarios. However, they have forgotten to talk about them with the involvement of all the protagonists, as well as their environment and the different tensions that coexist as we present ourselves as men or women.

Immersed in team sports with specific circumstances and characteristics, propose a study of gender relationships with perspectives of group analysis, encounters, comforts and discomforts, which leads to an understanding of emotions and their involvement in forms of expression and communication in coexistence, directly or indirectly related to our presence in sport contexts.

Keywords: Team sports, gender relationships, coexistence and emotions.

Sumario

1. Introducción. – 2. El deporte como escenario social. – 2.1. El deporte de equipo como espacio de socialización – 3. Identidades y subjetividades de género. – 3.1. Las relaciones de género en el deporte. – 4. La expresión de las emociones en el deporte. – 4.1. El amor y las relaciones románticas en el deporte: Idealizaciones y vulnerabilidades. – 5. Conclusiones. – 6. Bibliografía.

* martaeb1@ucm.es

* Departamento de Sociología: Metodología y Teoría, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología.

1. INTRODUCCIÓN

Vivimos el deporte constantemente. Está en todas partes, en nuestro día a día, como espectáculo, práctica, relacionado con la economía, la política, la salud, la educación... Es un ámbito social completamente adaptado a la actualidad (Bourdieu, 1993), en permanente proceso de cambio y retroalimentación, siempre relacionado con el resto de contextos en los que convivimos (Martínez del Castillo, 2001).

Muchas veces escapa a nuestra consciencia, pero nos guste o no el deporte influye en nuestras vida directa o indirectamente, aunque hasta el momento hayan sido escasos los discursos que han dotado de la relevancia adecuada este hecho. Las investigaciones parecen limitarse a estudiar el éxito y la competitividad y por tanto se reducen al estudio del deporte de élite (Mosquera González; Gambau i Pinasa, Sánchez Martín; Pujadas i Martí, 2003). El deporte se adapta a los progresos sociales y se van introduciendo ciertas variaciones, cómo el estudio de la sociedad, el bienestar, la convivencia, sin embargo éstas resultan mínimas. Se enmarcan principalmente en cuestiones relacionadas con el deporte y la salud, pero nos seguimos olvidando del deporte “ordinario”, cotidiano, aquel que practicamos diariamente en los clubes de colegios, barrios o asociaciones organizadas. Este tipo de actividades recreativas han quedado totalmente invisibilizadas en el estudio del deporte, del contexto deportivo. Nos hemos centrado tanto en enmarcar el deporte dentro de las claves de éxito sociales relacionadas con la competitividad, la superación, la exaltación de ciertos valores sociales idealizados - capacidad de superación, resistencia a la frustración, compañerismo, deportividad...- (Bromberger, 1995), que las investigaciones académicas se han adaptado y han girado en torno a estos éxitos.

Estudios relacionados con la potenciación de los recursos competitivos materiales y humanos - siempre con unas finalidades encaminadas a la valoración del éxito y sus cifras (considerados desde el área social)- despuntan en los últimos años enmarcados en la psicología deportiva. Nos hemos olvidado de analizar el deporte como realmente lo vivimos en nuestra cotidianidad, en nuestras dinámicas (que es como más nos influye, como protagonistas de estas realidades), como un espacio de socialización continuo. Un espacio que nos acompaña a lo largo de la vida donde performativizamos diariamente nuestra identidad, donde forjamos muchas de nuestras relaciones, donde crecemos, nos adaptamos. En resumen, nos hemos centrado tanto en las facetas del deporte que contribuyen a la economía y la política en sus diferentes formas de representación y expresión, que no hemos tomado en cuenta todo lo que el deporte conlleva como actividad recreativa social, de ocio y tiempo libre (Mosquera González; Gambau i Pinasa, Sánchez Martín; Pujadas i Martí, 2003). Nos hemos olvidado de la importancia del estudio sociológico del deporte como llave para conocer la propia sociedad y sus dinámicas (Elías, 1986), de sacar a la luz aspectos desconocidos, invisibilizados (Elías y Dunning, 1991). No hemos tenido en cuenta que el deporte se convierte en un contexto socializador primordial durante nuestras primeras etapas vitales, que además nos acompaña según avanzamos e interiorizamos sus principios, influyentes en todas las facetas de nuestra vida pública y privada. Incorporamos sus principios y valores a nuestros

comportamientos, nuestras performatividades y afectan de formas muy variadas e importantes en las vidas de los/as individuos/as y los grupos sociales (McPherson, 1989).

En las próximas páginas, a partir de revisiones bibliográficas y análisis etnográficos, pretendemos sacar a debate la vulnerabilidad invisibilizada de las relaciones entre mujeres y hombres en espacios deportivos. Espacios que han sido completamente ignorados tanto por las instituciones implicadas, como por las investigaciones académicas. Tratamos de acercar los estudios sociológicos del deporte a la realidad social, a lo que está pasando, aquello que realmente influye en nuestro día a día, que surge en nuestras dinámicas y cuestiona nuestros principios constantemente.

2. EL DEPORTE COMO ESCENARIO SOCIAL

El deporte en todas sus expresiones conforma un contexto abierto (Elías y Dunning, 1991). Evolucionando desde sus inicios, cuando la práctica deportiva estaba reservada para clases y colectivos concretos de la sociedad (Rivero Herraiz, 2015) pasó a ser primeramente universal y después un derecho para todas las personas (Puig, 2001). Esto hace que hoy en día esté implícito en prácticamente todos los espacios de nuestra convivencia, siendo necesariamente valorado para la definición de nuestra cotidianidad. Además, ha sido rotundamente confirmado que el espacio se construye como un contexto de exaltación de valores sociales idealizados (Bromberger, 1995). Sin embargo, no en todas las representaciones del deporte se producen de la misma forma.

Y es que, realmente cuando hablamos de deporte debemos exponer sus diferentes disciplinas y formas prácticas; incluso valorar las controversias sociales que existen alrededor de sus significaciones y, nuevamente, de sus prácticas. Debates sobre qué consideramos deporte y qué no, dónde establecemos los límites, por qué... En las propias definiciones oficiales encontramos estas “indecisiones” e indeterminaciones; el deporte es una actividad física, sí, pero ejercitada para la competición, para la diversión, con una finalidad laboral, sujeta a unas determinadas normas... existen múltiples representaciones.

Más allá de todo ello, en estas páginas hablaremos del deporte efectivamente como actividad física organizada, pero en las siguientes representaciones y contextos:

- Deportes de equipo: Aquellos que implican la convivencia en un grupo con el que se participa, se compite.
- Deportes competitivos: Equipos inscritos en ligas competitivas oficiales. En este caso, de la Comunidad de Madrid. Este tipo de deportes inscriben en su práctica objetivos explícitos relacionados con el éxito competitivo, con “ganar”, si bien es cierto que no establecemos límites en este punto. Es indiferente que el nivel y/o los objetivos competitivos sean más o menos ambiciosos.
- Deportes que impliquen contacto: Por último, aquellos cuya práctica suponga el contacto directo con el equipo contrario, con las rivales.

Para entendernos mejor, nos referiremos concretamente a deportes como el baloncesto, fútbol y rugby ¹. Además, por terminar de concretar nuestros escenarios, vamos a utilizar las categorizaciones de Puig y Heinemann (1991) porque, aun no estando de acuerdo con sus estrictas delimitaciones, nos permiten exponer de forma clara los dos contextos entre los que nos situamos, “viajando” entre uno y otro; así como hacer una descripción que no renuncie a la visión competitiva y a la lógica recreativa de forma simultánea, escapando del deporte de élite pero conservando las claves de competición y éxito que tanto inciden en prácticas formales diarias. Estos autores exponen de manera diferenciada un *modelo competitivo* heredero directo del deporte tradicional, con un *modelo expresivo*, que engloba las prácticas deportivas (poco) organizadas y sometidas a procesos constantes de innovación y diversificación. Combinando estas dos posibilidades encontramos lo que hemos llamado “el deporte competitivo ordinario”: aquel que practicamos a lo largo de la vida en un entorno formal, con finalidades competitivas, pero compaginado con nuestras necesidades y responsabilidades educativas, laborales, familiares y personales.

De esta forma, nos involucramos en el deporte como un escenario social que influye directamente en las personas que lo protagonizan, pero indirectamente en todas las que comparten espacios sociales de convivencia con estas, debido a la cantidad de valores de los que se impregnan y cómo estos influyen en sus actitudes, comportamientos y performatividades (García Ferrando; Puig Barata; Lagardera Otero, 1998).

2.1. EL DEPORTE DE EQUIPO COMO ESPACIO DE SOCIALIZACIÓN

Si aceptamos las premisas de que el deporte es una parte imprescindible de la sociedad y la propia cultura que afecta a las vidas de las personas y los grupos sociales (McPherson, 1989), es evidente que cuando hablamos de los deportes de equipo todo ello se ve exaltado.

El deporte puede favorecer el aprendizaje de roles y de reglas sociales. Además, el deporte refuerza la autoestima, el sentimiento de identidad y la solidaridad; valores interiorizados e inscritos en el mismo que suelen encontrarse en otros campos de la vida (García Ferrando; Puig Barata; Lagardera Otero, 1998). Podríamos decir que los aprendizajes sociales inscritos en el deporte no sólo influyen, sino que se trasladan a la vida de las personas en otros ámbitos externos al mismo. Por ello, no olvidemos que la práctica deportiva no se encuentra aislada de la propia vida, sino que mantiene estrecha relación con el sistema de valores que se construyen a lo largo de ésta (García Ferrando; Puig Barata; Lagardera Otero, 1998).

Todo esto en claves de deportes de equipo se hace todavía más influyente pues hablamos de grupos de personas que conviven casi a diario con unos objetivos comunes, que crean redes y lazos de unión, pero que también están sujetos a otras circunstancias que caracterizan el propio ambiente. La convivencia se convierte en el centro de la actividad, con valores y condiciones concretas.

¹ Nuestros estudios estarán basados en estas disciplinas por diferentes estrategias metodológicas, si bien no debemos olvidar que hay otros muchos deportes de relevancia nacional e internacional que cumplen estas características y circunstancias.

Para un análisis de esta convivencia, y antes de profundizar más, me gustaría incidir brevemente en la relevancia metodológica de la autoetnografía como base primordial de las características que vamos a describir. Y es que, a la hora de hablar de todo aquello que envuelve al ambiente deportivo y concretarlo en las relaciones que establecemos entre nosotros/as vamos a “destripar” tan a fondo formas concretas de identificarse dentro del grupo e identificar el mismo, que llega a ser difícil de explicar y entender si no se tienen nociones reales, sólidas, de lo que ocurre en el día a día de un grupo deportivo de un equipo. En este punto es en el que toma sentido partir de la autoetnografía, acompañada posteriormente de otras técnicas de análisis etnográfico y análisis del discurso. Más allá de los miedos a la implicación de nuestra vida en nuestros propios estudios, la vulnerabilidad de la objetividad en el acercamiento y la preocupación del hecho de verse afectada por situaciones familiares se transforma en puntos a favor más que en impedimentos.

Haciendo eco de las afirmaciones de Mari Luz Esteban (2013) al respecto, considero imprescindibles los relatos autoetnográficos y muy pertinentes las investigaciones que parten de cuestiones personales por varias razones: En primer lugar, porque es necesario dar voz a las personas en entornos concretos. Para ello hay que entender la realidad de estas y no hay mejor forma de hacerlo que sentirse “cercana” a ellas. En segundo lugar porque es un privilegio metodológico el ser capaz de utilizar la propia experiencia como una forma de entrar en la cultura y darle un enfoque sociológico y político. Por último, porque cuando hablamos del cuerpo (que lo hacemos constantemente y en este ámbito de forma irremediable), es necesario tomar un acercamiento crítico y consciente a la hora de dibujar esos itinerarios a los que estamos dando una voz analítica. La objetividad de la persona investigadora se traduce en sus análisis y los elementos concretos utilizados, pero el hecho de que puedas identificarte con la persona que tienes en frente y el discurso del que se pretende hacer uso mayoritariamente supone ventajas.

Aclarado el aspecto metodológico ya podemos pasar a describir las siguientes características imprescindibles del ambiente de convivencia en los equipos deportivos:

- Se trata de un grupo de iguales no elegido. Como deportista te inscribes en el equipo, a veces tendrás la suerte de que sea en compañía de alguna amiga, conocida, o en confianza del propio entrenador/a, pero en líneas generales hay más elementos que no vas a poder elegir, desde tus compañeros o compañeras hasta el resto de profesionales (delegados/as, fisioterapeutas, psicólogos/as...) y el club en su conjunto.

Cuánto más ambiciosos sean tus objetivos competitivos menos “capacidad de elección” permiten.

Inmersa en este entorno desconocido (al menos en los inicios) te van a exigir la puesta en práctica de los valores sociales idealizados que hemos mencionado anteriormente: respeto, tolerancia, compañerismo, empatía... Es decir, debes sobrevivir y complacer a un grupo de personas con la única razón de satisfacer esos objetivos competitivos que, según los escenarios competitivos-recreativos en los que nos hemos inscrito, no guían más que tu ambición mayoritariamente informal,

afán de superación en otros casos, implicación en un grupo social, etc. Crea un hábito en tu vida y por eso se considera relevante, pero se encuentra en un espacio desconocido entre tus responsabilidades y circunstancias formales y tu espacio de recreación. Un hábito y espacio que raramente puede entenderse si no se ha vivido antes.

- En esta misma línea, nos referimos a la idea de equipo como “segunda familia”, es decir, la máxima representación de la convivencia, la confianza, el “apoyo desinteresado”.

Esa idea de integrarse en un grupo, en una segunda familia, se utiliza para transmitir, entender y justificar prácticamente todos los valores implícitos en los equipos deportivos. Pertenecer a un grupo y un contexto en el cual inviertes gran parte de tu tiempo, con personas con las que debes poner en práctica habilidades sociales en constantes tensiones entre idealizaciones y prácticas. Son personas a las que no has elegido, con quien no has decidido compartir, pero gran parte de los éxitos competitivos, sociales y personales se traducen en que todo esto concuerde, en que haya comprensión, empatía y acuerdo.

Por otra parte, por el tiempo y la cercanía de los contextos, probablemente van a ser personas con las que muchas veces se llega a compartir más tiempo que con la propia familia y las amistades.

La idea de que el equipo sea una segunda familia es, para empezar, una estrategia orientada al éxito en la competición, una forma de establecer una red de apoyo sólida, una manera rápida de explicar que ese es tu sitio, esas personas son tu apoyo y tú el suyo, porque vuestra misión, vuestros derechos y obligaciones son precisamente esos, ser un equipo, que puede llamarse familia y que implica prácticamente todo lo que se engloba con la perspectiva tradicional de la misma. En resumen, estrategias de justificación de la unión por encima de todo.

- La acentuación de la jerarquización de las relaciones formales y no formales es algo evidente pero tan interiorizado que llega a pasar desapercibida.

En los deportes de equipo se da un espacio jerárquico totalmente expuesto. Está la directiva, el equipo técnico, entrenador/a, segundo/a entrenador/a, delegado/a, capitán/a, jugadores/as... Siendo deportista tienes por encima cantidad de personas a las que debes “obedecer”, compañeras, personas a quienes debes tu trabajo diario, con quienes existen tensiones de roles constantes. En todas debes confiar, muchas veces con unas formas de comunicación verbal especiales², con intercambios permanentes de comportamientos, actitudes, personalidades... Todo ello crea rígidas formas de relación basadas en la autoridad y en consecuencia, en la obediencia. Sin embargo, recogiendo las circunstancias que ya hemos definido sobre la convivencia en los equipos (grupos con los que compartimos mucho tiempo en situaciones de especial sensibilidad), así como muchos de los valores definidos bajo la metáfora de “segunda familia” (unión, comprensión, confianza...), entendemos que los contextos de encuentros no se circunscriben sólo a los propios

² Por llamar de alguna forma a la violencia verbal que continuamente se acostumbra en estos contextos, aunque este formaría en sí mismo otro tema de investigación.

entrenamientos, sino que se entremezclan con otras circunstancias y estrategias “fuera del campo o de la pista” en las que estos roles se modifican, adquieren otras formas. Y es que, no seguimos interpretando el mismo rol ni de la misma forma dentro de un entrenamiento que en una cena, en unas jornadas de convivencia, en torneos...

El deporte es seguramente uno de los contextos en los que más diversidad de escenarios y por lo tanto de roles e identidades podemos compartir. El escenario formal, aquel inscrito en entrenamientos y partidos, comparte estrictamente los roles y figuras de las que hemos hablado: entrenadores/as, deportistas, capitanes/as, etc.; pero los escenarios informales desdibujan estas figuras de autoridad, invisibilizan estos límites jerárquicos (al menos conscientemente), haciendo que las relaciones sean diferentes, más cercanas, similares a las que compartimos con nuestros grupos de iguales a diario.

¿Qué pasa entonces? ¿Cómo manejamos las diferentes formas de relacionarnos, los diferentes contextos? ¿Qué tensiones pueden surgir de estos “juegos de roles”?

Creo que, como hemos indicado al inicio del capítulo, toda persona involucrada en el deporte reconocerá las características que acabamos de describir.

Es en este punto en el que empezamos a pensar sobre esto que (nos) pasa, esto en lo que no habíamos reparado pero hemos compartido siempre. Y parece mentira, pero lo cierto es que siendo tan evidente es algo en lo que prácticamente ninguna investigación ha querido incidir. Olvidándonos de los resultados deportivos, destacando simplemente la convivencia y los valores que se inscriben en estos contextos, profundizamos en las relaciones, en sus formas, expresiones, influencias y dinámicas. Los deportes de equipo son un espacio perfecto para entender las relaciones, por todo lo que se pone en juego en sus encuentros. Además, hay otro punto que debemos destacar, y es que estas tensiones, afectividades, redes de apoyo, idealizaciones, intimidades, apego, expectativas, proyectos personales y sociales... que al fin y al cabo es de lo que hemos estado hablando, están completamente atravesadas por el género. Lo están en todos nuestros ámbitos de convivencia, pero en estos escenarios nuevamente se expresan con unas características concretas.

3. IDENTIDADES Y SUBJETIVIDADES DE GÉNERO

Vivimos en una sociedad impregnada de rasgos de género, asumidos y transmitidos casi de forma automática en nuestras relaciones. La sociedad educa hombres o mujeres de forma totalmente contrapuesta, buscando además unas relaciones jerarquizadas donde cada cual cumpla una función determinada. De esta forma, a pesar de haber evolucionado en la reproducción de los discursos del género y encontrándonos inmersas en una “utopía de igualdad”, la realidad es que diferentes estudios demuestran la idealización de estas relaciones equitativas, influidas por dinámicas que continúan reproduciendo identidades y discursos hegemónicos en nuestros encuentros (Megías, Rodríguez, Méndez y Pallarés, 2005).

Estas identidades de género no son estáticas, no nos reconocemos ni tampoco existen modelos o personalidades únicas que respondan a patrones fijos de comportamiento. Sin embargo, nuestra socialización se erige en rasgos y elementos de género impregnados en estos discursos, configurando características concretas que responden a un género u otro, fieles a una perspectiva hegemónica reproductora de un entorno concreto (Jamieson, 1998), siempre en función del momento y espacio cultural (Rougemont, 1997). El habla, los gestos, la expresión corporal, conforman géneros como construcciones culturales que delimitan cuáles son las formas “adecuadas” y “posibles” de ser y estar en el mundo, interpretando las dinámicas y atrapándonos en determinadas formas de relación (Connell, 2009).

En esta reflexión, el deporte supone un foco de especial atención, pues además de ser un escenario social ligado al conjunto de aspectos sociales que conforman nuestras realidades (Elías y Dunning, 1991), se han configurado de forma concreta tensiones e intercambios de vulnerabilidades relacionadas con el género. Y es que, la aceptación de las formas inconscientes de los valores sexistas en el deporte, tanto como institución como en sus dinámicas diarias, se ve potenciada (Sabo y Panepinto, 1990; Díaz Montegui, 1996). No podemos olvidar que en sus orígenes, el deporte y el propio espacio deportivo, se construyeron por y para hombres. En España, el deporte femenino fue prácticamente inexistente hasta la década de los años 20 (Torrebadella-Flix, 2016). El resultado ha sido la implantación de una hegemonía masculina que envuelve gran cantidad de la práctica y dirección deportivas (Dunning, 1993).

En resumen, es evidente que nuestras relaciones se erigen en unas expresiones de poder y jerarquía en función de presentarnos al mundo como hombre o como mujer (Casado Aparicio, 2003). Y de la misma forma, es obvio que el deporte, tratándose de un contexto tan masculinizado, potenciará sus influencias, creando relaciones heterosexuales cotidianas atravesadas por esta ritualización (en muchos casos de forma inconsciente).

El deporte, por sus orígenes y las líneas de desarrollo que ha ido asumiendo a lo largo del tiempo, tiene una clara división entre los deportes femeninos y masculinos, la ocupación de sus espacios por mujeres y hombres (Llopis Groig; Llopis Groig; Sánchez Flores; Villaplana San Pablo, 2003). Esto, a pesar de haber evolucionado, todavía hoy influye en las prácticas deportivas, normas, competiciones y por supuesto en las actitudes y relaciones ordinarias que en este se comparten. El deporte es un importante espacio de construcción e incorporación de las relaciones de género (Silva, Vilodre Goallner y Botelho-Gomes, 2008), así como un excelente escenario de las performatividades (Pfister, 2010).

Es más, volvemos a destacar la convivencia en los deportes de equipo y retomamos el “contacto”; es decir, deportes de equipo que impliquen contacto en su práctica. Ya no sólo en sus orígenes, en los que los deportes femeninos permitidos fueron de carácter individual, con la inseparable compañía masculina (caza, equitación o tenis, entre otros), sino avanzando al comienzo de la participación de las mujeres en deportes colectivos (comenzamos con la aparición del hockey hierba y avanzamos hacia otros como el baloncesto o el balonmano. El fútbol tardó bastante más, pero ganar el derecho a practicarlo constituyó una de las principales luchas sociales de las mujeres deportistas. El rugby ni siquiera entraba en sus planes) (Torrebadella-Flix, 2016) y llegando al estado

actual, en el que a pesar de que todos estos deportes son practicados por mujeres en “igualdad de normativas y condiciones”, todavía los deportes para las mujeres siguen compartiendo diferenciados objetivos sobre el cuerpo y la salud: tener un cuerpo sano y bonito (Pfister, 2010). Es por esto que encontramos evidentes espacios vulnerables en los que las mujeres participan a diario, especialmente en aquellos que implican este “contacto” del que venimos hablando, haciéndolo además, en la mayoría de los casos, en compañía de los entrenadores (hombres). Es decir, a las mujeres se les ha abierto un espacio tradicionalmente reservado a los hombres, pero este no se ha adaptado a ellas ni a sus necesidades.

El conflicto surge pues en estos deportes que comparten tradicionales implicaciones masculinas como la fuerza, el contacto, la velocidad, entre otros (Bourdieu, 1993). Las mujeres entran en escenarios y situaciones de especial vulnerabilidad (infrarrepresentación, falta de apoyos, estereotipos, limitaciones, etc.) y con ello las dinámicas y relaciones que se producen lo serán también. Las deportistas exploran escenarios que inicialmente no han sido diseñados para ellas y, a pesar de los progresos ya experimentados, no dejan de verse entrecruzadas por dinámicas y valoraciones que proceden de afirmaciones ajenas a sus necesidades y realidades. Por todo ello, los encuentros entre el grupo de iguales y con el propio entrenador (en la mayoría de casos el equipo técnico estará formado por hombres), adquieren connotaciones especiales, influidas, como hemos afirmado en puntos anteriores, por el poder y la autoridad.

3.1. LAS RELACIONES DE GÉNERO EN EL DEPORTE

El entrenador, al igual que el equipo en su conjunto, pasa mucho tiempo con las y los deportistas, preparándolas y dirigiéndolas en los entrenamientos y encuentros, bajo una relación de autoridad. Un mismo entrenador puede pasar varias temporadas con el mismo grupo convirtiéndose (sobre todo en determinadas etapas de la vida) en un elemento central de su vida (Díaz Mintegui, 1996). Por ello, aunque mayoritariamente enfocado a fines competitivos, la relación entrenador-deportista es considerada como una de las claves de su comportamiento, su bienestar y sus resultados (Jowett, Nicolas y Yang, 2017), y añadimos que no sólo en estos contextos de competición, sino que por la relevancia y dedicación al deporte en el día a día estas influencias pueden trasladarse a otras facetas de la convivencia de las deportistas.

En relación con todo lo anterior, las relaciones que se forjan en un vestuario inciden en la vida de las personas que las protagonizan, extrapolándose fuera del contexto deportivo y formando parte de su día a día. En el momento actual estamos investigando esta cuestión y en las entrevistas que hemos llevado a cabo en el marco de la misma, las deportistas destacan la importancia del deporte en sus vidas, así como de las personas con las que han compartido y comparten estos espacios. Todas las entrevistadas entienden el deporte como “algo más” y las relaciones que en él se construyen como “especiales”. Queramos o no, el deporte crea espacios de relación que adquieren expresiones concretas que conectan a personas de forma ajena a prejuicios o valores sociales asentados en otros escenarios.

Todo esto, nos lleva a incorporar algo más a nuestro análisis: la influencia de las emociones. En contextos deportivos tan vulnerables, con situaciones de especial sensibilidad, con tensiones continuas entre comodidades e incomodidades relacionadas con el género y el poder, ¿cómo hacemos eco de nuestras emociones?

4. LA EXPRESIÓN DE LAS EMOCIONES EN EL DEPORTE

Asistimos a una época de estricta racionalización de las emociones, que deben ser lógicamente controladas en nuestro día a día. Sin embargo, en estos esfuerzos por mantener la racionalidad en la vida civilizada, las emociones encuentran en los contextos deportivos un espacio de “desahogo” (Elías y Dunning, 1991). Sin embargo, esto ha sido poco estudiado. No sólo la sociología, sino también la psicología e incluso la fisiología, aunque por razones diferentes, han eludido y eluden el análisis de las emociones en el deporte (Elías y Dunning, 1991), cuando podríamos definir el deporte como un “espacio liberador de emociones (agradables)”, un espacio donde las personas escapan de la presión diaria (Messner y Sabo, 1990).

El deporte conforma un espacio en el que podemos liberar nuestras emociones de una forma menos lógica y controlada que en nuestra vida diaria, lo que no debe llevarnos a la trampa de pensar que estos desahogos sean totalmente libres. Una cosa es que tenga normas explícitas e implícitas más “abiertas” y otra cosa es que no existan códigos. El deporte comparte sus propios códigos de conducta y convive en unos límites explícitos e implícitos muy bien dibujados. Códigos que nacen de la sociedad pero se han adaptado (y se adaptan) a sus espacios de forma concreta. Es decir, nuevamente nos encontramos una transformación social en el contexto deportivo invisibilizada, estrechamente relacionada (obviamente) con las performatividades de género de las que ya hemos hablado anteriormente.

En los deportes colectivos, de equipo, mucho más en términos competitivos, todas estas teorías se encuentran potenciadas, pues a la sensibilidad de las escenas hay que añadirle los valores de la convivencia en grupo que hemos resumido a lo largo de estas páginas. Estos deportes y equipos resumen una visión coherente de los valores idealizados de la sociedad actual: equipo, compañerismo, solidaridad, deportividad (Bromberger, 1995), pero no sólo estas. Además, poniéndose en juego nuestros ideales sociales, se añaden expectativas, deseos de auto reconocimiento, comprensión, aceptación... La convivencia en estos grupos de iguales no elegidos, con relaciones jerárquicas expuestas, con tensiones de poder, discurso y reconocimiento, conforma nuevamente tensiones en las expresiones de las emociones y los sentimientos. En ningún caso podremos entender estas emociones, así como su influencia en el grupo y las propias personas protagonistas, de la misma forma en estos contextos deportivos que en cualquier otro espacio de nuestra vida diaria. Ni las vulnerabilidades de los espacios son las mismas, ni las exposiciones de género y poder, ni mucho menos la forma de mostrar(se).

El deporte no sólo es un espacio de desahogo para las emociones, también lo es para muchos de los “tabús”, prejuicios y normas sociales que influyen en nuestras formas de relacionarnos como mujeres y como hombres, entre nosotros, en nuestro día a día. Estos aspectos invisibilizados se ocultan entre dinámicas características que potencian

idealizaciones sociales, especialmente aquellas que mayor caracterización comparten en nuestra sociedad. Es decir, influyen y se “resguardan” de forma muy interesante para nuestro análisis y la propia convivencia en las idealizaciones de las relaciones íntimas, las afectividades y los encuentros románticos.

4.1. EL AMOR Y LAS RELACIONES ROMÁNTICAS EN EL DEPORTE: IDEALIZACIONES Y VULNERABILIDADES

Si hay una emoción en la cual incidimos continuamente es el amor (Elías y Dunning, 1991). El amor es la emoción más grande socialmente reconocida. El amor - con su pesada mochila de idealizaciones y necesidades asumidas, con expresiones que tanto varían a lo largo de la vida- está en todas partes. Es una de las emociones más idealizada y necesitada, valorada a todas las edades, buscada en cada encuentro, en cada espacio. Es el centro de los mitos y estereotipos de la vida moderna (los ideales del amor no se recogen simplemente en historias de películas, por otra parte cada vez más analizadas y criticadas). De una u otra forma, con mayor o menor consciencia, sobre él recaen la mayoría de las expectativas de nuestra convivencia social. El amor es importante, es único.

Por eso, habrá quien esté pensando cómo hemos empezado hablando de los deportes de equipo, sus valores y formas de convivencia, y hemos terminado relacionándolo con el amor. Pues bien, conectando las idealizaciones de la vida deportiva que hemos descrito con las características del contexto y sus representaciones y dotando de su justa relevancia a las expresiones de las emociones³, encontramos en las expresiones amorosas sentimientos, afectividades y relaciones íntimas contantemente presentes, en constante “juego” con esas tensiones de las que hemos hablado. Todo ello, conforma un punto de inflexión en el análisis de las realidades deportivas de equipo. ¿Cómo son las relaciones amorosas heterosexuales dentro de un equipo? ¿Son diferentes a las que pueden surgir en otros contextos de nuestra vida? ¿Están actuando valores sociales idealizados relacionados con el amor (amor romántico) en el surgimiento de estas? ¿Se potencian? ¿Cómo se generan y expresan estos sentimientos atravesados por representaciones de poder formalmente explícitas? ¿Cómo las viven sus protagonistas y sus entornos? La lista de preguntas es todavía interminable, pero algo está claro y es que todo este conglomerado del que hemos hablado, estas relaciones en el deporte, se encuentran invisibilizadas y conforman espacios vulnerables, principalmente para las mujeres.

5. CONCLUSIONES

Desde los inicios de los estudios académicos sobre sociología deportiva en nuestro país, alrededor de los años 80 (García Ferrando, Puig Barata y Lagardera Otero, 1998), las investigaciones sobre deporte y mujeres, deportes femeninos, han ido aumentando su

³ Que si normalmente son imprescindibles, cuando queremos hablar de deportes, convivencia y relaciones son indudablemente el foco del que extraer análisis.

influencia; si bien es cierto que todavía hoy son escasos y cuentan con escasa diversidad (Torrebadella-Flix, 2016). En nuestro caso, hemos querido destacar un aspecto que todavía es prácticamente inexistente en este campo: las relaciones de género en el deporte.

Y es que, la mayoría de los estudios focalizados en las relaciones dentro del contexto deportivo aportan perspectivas lineales que analizan relaciones entre entrenadores y deportistas de forma individual y enfocada hacia los resultados competitivos. Es decir, se olvidan de la influencia del entorno, del grupo, por supuesto de la capacidad socializadora del deporte a lo largo de la vida y la retroalimentación del ambiente con nuestras cotidianidades; analizan “por encima” las influencias del género y la jerarquización explícita inscrita en sus dinámicas formales, como si estas no influyeran en cada uno de los encuentros que se producen en el contexto. Por eso, para dar un paso más, hemos querido hablar de convivencia desde otra perspectiva, ampliando los campos de influencia.

Hemos querido destacar aquellos escenarios en los que todos estos factores se explicitan y potencian por las necesidades del ambiente: deportes competitivos (con prácticas y finalidades concretas y formales), deportes de equipo (máxima expresión de la convivencia) y deportes que impliquen contacto en su práctica (deportes y escenarios especialmente vulnerables para las mujeres, por sus tradicionales implicaciones masculinizadas). Nos movemos en espacios de convivencia no elegidos, con lazos de unión muy fuertes basados en ideales de confianza y empatía (estrategias de “segunda familia”) y roles y relaciones de poder estrictamente jerarquizadas; es decir, focalizamos entornos en situaciones de especial sensibilidad con tensiones continuas entre lo que debo hacer por mí y por el equipo.

A todo ello, le añadimos el interés de la comprensión de las emociones. Y es que, habiendo sido el deporte un tradicional espacio de desahogo de las emociones (Elías y Dunning, 1991), hemos encontrado en estos escenarios una exaltación de las mismas con códigos éticos y morales y dinámicas ordinarias diferentes a las que compartimos en nuestro día a día. Si bien es cierto que nuestra interpretación de las emociones nace de la sociedad en su conjunto, de nuestra educación, la intensidad o la forma de representar estas emociones y sentimientos puede transformarse en intensidad o simplemente práctica. En el deporte se conforman espacios “lineales” a lo largo del tiempo, fijos, con relaciones cercanas. Encontramos un contexto completamente masculinizado, con espacios vulnerables, machistas, explícitamente jerarquizados y con unos códigos de comunicación y relación concretos.

Por todo ello, nuestro interés se centra en las relaciones, en estudiar cómo influyen todos estos factores en ellas y por qué se dan estos códigos concretos, adaptados y/o transformados. Y, para comprender todo esto es inevitable que hablemos de amor, siendo la emoción social más reconocida e idealizada a lo largo de la historia, aun variando y evolucionando (como es normal) en expresiones socioculturales (Elías y Dunning, 1991).

Estudiamos el amor y las relaciones dentro de estos grupos, de estos equipos, la convivencia entre todas sus idealizaciones sociales potenciadas por las dinámicas que acabamos de describir, atravesadas por el poder. El amor está en todas partes y adquiere relevancia en nuestra convivencia, pero eso no quiere decir que su aparición o expresión sea igual en todas las situaciones. Hemos comprobado que en el deporte se exaltan valores

e idealizaciones del amor moderno que influyen directamente en las relaciones íntimas nacidas en el mismo. Escapando de los análisis lineales, estas exaltaciones e idealizaciones tienen mucho que decir de las formas de relacionarnos en grupo, así como los equipos tienen mucho que ver en cómo vivimos este amor dentro de los mismos.

Por eso, simplemente exponiendo este análisis de la realidad, analizando los discursos de mujeres deportistas que conviven en estos escenarios, sería imposible ignorar lo que es sin duda una importante problemática social actual. Ocultada, invisibilizada e incluso interiorizada y normalizada; que seguramente conecta con problemas reconocidos en nuestro día a día, focalizados y caracterizados como “lacra”, como son las violencias machistas y las violencias contra las mujeres. Quizás debamos empezar por entender precisamente esto, qué tiene que decirnos el amor de nuestra convivencia y viceversa; quizás debamos explorar estas situaciones, previas a los “agujeros negros” que se han creado entre estas situaciones normalizadas, invisibilizadas por el “consentimiento”, y la explosión de las prácticas violentas que efectivamente suponen una preocupante alarma social. Es decir, quizás sea el momento de incidir en estos espacios y los estudios ligados a la prevención deban situarse en límites muy anteriores ligados a nuestras dinámicas ordinarias.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, P. (1993). Deporte y clase social. En: Brohm, J.M. *Materiales de sociología del deporte*. La Piqueta. Madrid.
- Bromberger, C. H. (1995). *Le match de football*. Éditions de la Maison des Sciences de l’Homme. París.
- Casado Aparicio, E. (2003). “La emergencia del género y su resignificación en tiempos de lo post”. *Foro Interno*, núm 3, pp: 41-65.
- Connell, R. (2009). *Gender in world perspective*. Cambridge: Polity.
- Díaz Montegui, C. (1996). “Deporte y construcción de las relaciones de género”. *Gazeta de Antropología*, 12, artículo 10.
- Dunning, E. (1993). Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización. En Brohm, J.M. *Materiales de sociología del deporte*. La Piqueta. Madrid.
- Elías, N. (1986). Deporte y violencia. En Wright Mills, C. et al. *Materiales de sociología crítica*. Genealogía del Poder. Madrid
- Elías, N.; Dunning, E. (1991). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Fondo de Cultura Económica, Sucursal para España. Madrid.
- Esteban, M. L. (2013). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Editorial Bellaterra. Barcelona.
- García Ferrando, M.; Puig Barata, N.; Lagardera Otero, F. (1998). *Sociología del deporte*. Alianza Editorial. Madrid.
- Jamieson, L. (1998). *Intimacy: Personal Relationship in Modern Societies*. Polity. Cambridge.

- Jowett, S.; Nicolas, M.; Yang, S. (2017). “Unravelling the links between coach behaviours coach-athlete relationships”. *European Journal of Sports & Exercise Science*, Vol 5, núm 3, pp: 10-19.
- Llopis Groig, R.; Llopis Groig, D.; Sánchez Flores, S.; Villaplana San Pablo, D. (2003). El deporte como instrumento de transformación social de los modelos sexistas. En Mosquera González, M. J.; Gambau i Pinasa, V.; Sánchez Martín, R.; Pujadas i Marti, X. (Comps). *Deporte y postmodernidad. Investigación social y deporte* nº6. Librerías Deportivas Esteban Sanz, S.L. Madrid.
- Martínez del Castillo, J. (2001). Las organizaciones deportivas en la sociedad y el territorio madrileño. En Latiesa Rodríguez, M.; Martos Fernández, P.; Paniza Prados, J. L. (Comps). *Deporte y cambio social en el umbral del siglo XXI*. Vol. 1. *Investigación Social y Deporte*, nº5, IV Congreso AEISAD.
- McPherson, B. (1989). *The social swignificance of sport*. Champaign, Human Kinetics Books.
- Megías, I; Rodríguez, E; Méndez, S; Pallarés, J. (2005). *Jóvenes y Sexo. El estereotipo que obliga y el rito que identifica*. FAD/ INJUVE/Caja Madrid.
- Messner, M. A.; Sabo, D. F. (1990). *Sport, men and the gender order*. Kinetics Books. Illinois.
- Mosquera González, M. J.; Gambau i Pinasa, V.; Sánchez Martín, R.; Pujadas i Marti, X. (Comps) (2003). *Deporte y postmodernidad. Investigación social y deporte* nº6. Librerías Deportivas Esteban Sanz, S.L. Madrid.
- Pfister, G. (2010). “Women in sport – gender relations and future perspective”. *Sport in Society*. Volume 13 - Issue 2: Directions in Contemporary and Future Sport Guest.
- Puig, N. (2001). La situación de la mujer en el deporte al iniciarse el siglo XXI. En: Latiesa Rodríguez, M.; Martos Fernández, P.; Paniza Prados, J. L. (Comps). *Deporte y cambio social en el umbral del siglo XXI*. Vol. 1. *Investigación Social y Deporte*, nº5, IV Congreso AEISAD.
- Puig, N.; Heinemann, K. (1991). “El deporte en la perspectiva del año 2000”. *Papers de Sociologia*, nº 38, Bellaterra. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Rivero Herraiz, A. (2015). “El deporte en el proceso de civilización. La teoría de Norbert Elías y su aplicación a los orígenes deportivos en España”. *Citius, Altius, Fortius*. Vol 8, núm 1, pp. 105-121.
- Rougemont, Denis de (1997). *El amor y occidente*. Editorial Kairós, Barcelona.
- Sabo, D. F.; Panepinto, J. (1990). Football ritual and the social reproduction of masculinity. En M. A. Messner y D. F. Sabo (1990). *Sport, men, and the gender order*. Illinois. Human Kinetics Books.
- Silva, P.; Vilodre Goellner, S.; Botelho-Gomes, P. (2008). “As relações de gênero no espaço da educação física – a percepção de alunos e alunas”. *Revista Portuguesa de Ciências do Desporto*, Vol .8, pp: 396-405, 2008.
- Torrebadella-Flix, X. (2016). “Fútbol femenino. Notas para la construcción de una historia social del deporte femenino en España, 1900-1936”. *Revistas Científicas Complutenses*. Vol. 7, núm 1. Madrid.